

Miguel Catalán

**La sombra del Supremo**  
Seudología V

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 59 (serie menor)

## Índice

<b>Prefacio</b>	9
<b>Capítulo I</b>	
Dios de verdad	21
<b>Capítulo II</b>	
Del dios falaz al diablo embustero	49
<b>Capítulo III</b>	
El dios único ante la verdad	91
<b>Capítulo IV</b>	
Dios más fuerte que la verdad	95
<b>Capítulo V</b>	
El demonio como máscara de dios	127
<b>Conclusión</b>	
La sombra de la creación	147
<b>Bibliografía</b>	159
<b>Notas</b>	171

## Prefacio

*Unos niegan el infortunio señalando el sol;  
él niega el sol señalando el infortunio*

FRANZ KAFKA, 1920

*La sombra del Supremo* se adentra en la única posibilidad que Occidente no puede concebir: que el engaño provenga de Dios. No ya del artero Enemigo que tras la caída de Lucifer campa por la tierra tendiendo sus lazos, tampoco del azar o la necesidad barajados por la oscura materia, ni siquiera de la naturaleza oculta tras los fenómenos, sino directa y llanamente de la Causa Primera: de la voluntad original del único y omnipotente Hacedor. Así como el Excelso quiere que exista la sombra proyectada por su luz, así querría también la falsedad que habita la

región sublunar. Este libro enfoca su lente de aumento a la contingencia de que Nuestro Señor, por razones que ignoramos, haya puesto la semilla de la mentira en el mismo núcleo de la Creación.

*La sombra del Supremo* es la quinta entrega del tratado general sobre el engaño *Seudología*. Si bien la obra se halla todavía lejos de su término, conviene revisar lo publicado hasta ahora para comprender el lugar que ocupa este libro en el plan general.

En el primer volumen, *El prestigio de la lejanía* (Barcelona, 2004; segunda edición: Madrid, 2014), abrimos el pórtico del tratado para estudiar la forma más inasible de la astucia: aquella que ejercemos sobre nosotros mismos gracias a la ilusión y al autoengaño. El segundo volumen, *Antropología de la mentira* (Madrid, 2005; segunda edición: Madrid, 2014), ponía las bases antropológicas de las acciones y los hábitos mendaces. El tercero, *Anatomía del secreto* (Madrid, 2008), procedía a analizar el engaño defensivo. El individuo amenazado burlaba la vigilancia y el eventual castigo del grupo haciendo uso de la ocultación, el secreto y la intimidad, categorías sucesivas en el conflicto dialéctico por el control de la conducta. El cuarto, *La Creación burlada* (Madrid, 2012), sometía a examen los diversos medios empleados por las anti-

guas deidades para engañar a los mortales. En algún caso, nuestro mundo ya aparecía como una ficción ejecutada por los dioses, esos trasuntos celestes de los padres humanos que con tanta frecuencia ocultan la verdad a sus hijos. Bajo la sospecha de que los señores del cielo hubieran fingido el mundo, la Tierra se transformaba entonces en un laberinto donde nos habían dejado caer para divertirse a nuestra costa. Seres literalmente *ab-yectos* o arrojados abajo, los mortales atribuimos nuestras erráticas andanzas por los falsos caminos a una expiación de la culpa por haber atormentado en la infancia tantas lombrices, hormigas o cucarachas, o quizá por el espectáculo adulto con gallos, perros o toros que siguen muriendo a nuestro placer. Solo que ahora éramos nosotros los perseguidos por el voraz tauro de Minos.

Los dioses, cercados por el tedio en su vida eterna, nos tomaban otras veces como conejillos de Indias en un experimento colectivo e instigaban por diversión la guerra entre tirios y troyanos o entre kauranas y pandavas. Las matanzas del sitio griego de Troya y de la guerra india de Kurukshetra no obedecían a razones de humana pasión, sino al juego que en las alturas se traían entre manos los Sempiternos con sus piezas de ébano y marfil.

En este volumen quinto de *Seudología* nos vamos a ocupar de la ficción del mundo como producto no ya de los dioses múltiples, sino del Dios único que lo ha creado. Recordemos a tal efecto la analogía freudiana que cimienta la sospecha metafísica según la cual este universo es falso o simulado; los humanos adultos habrían asignado a los dioses aquellas funciones que el padre ejercía cuando el sujeto era un infante; cuidado y protección, pero también control y castigo; verdad que educa y enseña, pero también mentira que burla o subyuga<sup>1</sup>. Pues bien, esas diosas nutricias y dioses soberbios del paganismo, que venían a retomar los atributos de los padres y tutores naturales, reaparecen con otro rostro en el orbe cristiano. La Virgen María, por ejemplo, tomará el papel de la madre muerta, como ilustra la confesión de Teresa de Jesús al comienzo de su *Vida*: «Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a Ella, y, en fin, me ha tornado a sí»<sup>2</sup>.

Difícilmente un pasaje de la literatura devocional arrojará más luz sobre este rincón del alma. Cuando el sujeto cae en el desamparo a causa de la muerte o el declive de sus padres, se encomienda a una figura sublimada del padre o de la madre para que siga protegiéndolo como hasta aquel día. La fe cura la herida porque la conversión repara la pérdida.

El Dios asume entonces las funciones del padre; la de la verdad y la de la mentira. Así lo explica el teólogo Orígenes en su diatriba contra el filósofo Celso: si los padres echan mano del engaño para convencer a sus hijos de que tomen una medicina amarga, ¿cómo no iba el Padre Eterno a usar tan saludable purga a fin de salvar al género humano?<sup>3</sup>.

Como pronto veremos, el engaño metafísico del politeísmo persiste bajo el dominio del Dios único. La idea del *Theatrum mundi* que atraviesa nuestra civilización resultará aún más verosímil si el Autor del mundo es su único Creador y nosotros, sus personajes. Si tantos autores buscan con su libreto bajo el brazo representar sus dramas en los teatros del centro es porque somos muchos los mortales: siendo único el mundo, en cambio, Único habría de ser su Dramaturgo. Del mismo modo, las fábulas afines que en distintas literaturas presentan a los humanos

haciendo el ridículo ante los inmortales resultan tanto más ejemplares cuanto mayor es la talla del dios. Que nuestra memoria finja contra nuestra voluntad un pasado inexistente, como adanes recién confiados al Paraíso, sería más factible en un mundo simulado por un único dios potentísimo o una supermáquina putnamiana. Jorge Luis Borges ha sobrepuesto la inquietante hipótesis de que el planeta ha sido creado hace apenas unos minutos, provisto de una raza de humanos que recuerda un pasado ilusorio (Bertrand Russell) al ensueño de un Universo compuesto por una sola persona o, aún mejor, una sola conciencia (Olaf Stapledon): «Esa persona (que naturalmente es usted, lector) ha sido creada en este preciso momento y dispone de un surtido completo de recuerdos autobiográficos, familiares, históricos, topográficos, astronómicos y geológicos, entre los que figura, digamos, la circunstancia irreal de empezar a leer esta nota»<sup>4</sup>.

De parecida manera transferimos el gusto por crear apariencias del viejo Dios patriarcal a la maquinación de realidades virtuales de esa joven Inteligencia Suma llamada Computadora. En su artículo «¿Está usted viviendo en una simulación de ordenador?»<sup>5</sup>, el transhumanista oxoniense Nick Bostrom

juega con la idea de que nuestras mentes no pertenecen a los humanos, sino a una raza posterior, compuesta más bien por cerebros que creen recordar una historia de la humanidad inventada en realidad por los superordenadores herederos de los hombres. El equivalente posthumano de la energía creadora de Dios sería el poder computador de las máquinas, capaz de concebir unas mentes ilusas, la realidad virtual que estas creen percibir y, por último, la *simulación ancestral* de un remoto pasado. Los ordenadores del futuro o, quizá mejor, de un pasado que no recordamos, tendrían la virtud generatriz de formar con sus vislumbres de silicio aquellas vivencias sentidas que las deidades antiguas creaban con su espíritu de luz.

Asimismo el *deus otiosus* que abandona el mundo a su suerte después de crearlo, trasunto del padre humano que abandona a sus vástagos, queda fortalecido en su versión moderna: ese Dios indolente que jubila al insigne hado para entregar a sus criaturas en brazos del azar. Si el tosco teísmo promovía esa deidad intervencionista que no deja de inmiscuirse en los asuntos humanos con favoritismos milagrosos, el más refinado deísmo piensa que Dios es solo una suerte de relojero celeste que cierra por vaca-

ciones tras poner en marcha la máquina del mundo. Así alcanza su apoteosis el *deus otiosus* en el universo de los deístas. Según Thomas Browne (siglo XVII), el Diabolo inocula en la mente de los hombres la sospecha de que el Creador se halla tan ocupado en su universo infinito que ha terminado por declinar la gestión de los asuntos sublunares en diputaciones inferiores<sup>6</sup>. Tal dejación de funciones explicaría los rumores de los inconstantes: que Dios solo se ocupa de las especies naturales, pero descuida las existencias individuales<sup>7</sup>. El relojero universal se marchó tras dar cuerda al reloj, como el padre dimisionario, sin importarle que el artefacto se averíe o detenga. Ya pueden los hijos de la Tierra reclamar a su Hacedor, que se ha ido para siempre dejándoles apenas el regalo envenenado del tiempo.

El mismo silencio de Dios resulta más desolador si calla la única boca que si solo enmudece alguna voz del panteón. El *sigé* o silencio divino es atributo del Padre Eterno en el *Corpus Hermeticum*: «Di silencio, silencio, silencio, símbolo del Dios viviente e incorruptible». También en el evangelio gnóstico de María: «Todo el Pleroma está en silencio». Antes de que el Supremo creara el mundo, antes de que emanara de Sí un espíritu inferior más dado a la

conversación, no hubo siquiera monólogo, ese diálogo interiorizado; solo perfecto silencio<sup>8</sup>.

A los dioses que en Oriente Medio se esconden de los hombres poniéndose un manto de estrellas al llegar la noche les sucede la invisibilidad esencial del Dios cristiano. Meditando la costumbre del Altísimo de valerse de los ángeles para sus teofanías, el obispo Agustín explica que la esencia divina nunca aparece por sí misma (*Essentia Dei nunquam per se apparuit*)<sup>9</sup>. A modo de sutil pantalla que lo encubriera, el Señor hizo ya uso del ministerio angélico para manifestarse a Abraham y Moisés; más adelante un heraldo suyo llamado Gabriel entregaría un lirio a la virgen de Nazaret y dictaría unos versos al camellero de La Meca. El Señor siempre oculta su rostro.

La figura del *deus prudens* o dios sabio de los antiguos encaja asimismo con los atributos del Único. ¿Quién más sabio que el Dios omnisciente para ocultar a sus criaturas los males y las zozobras del futuro o los motivos últimos que lo llevan a obrar? La censura impuesta por el Padre será más eficaz cuantos menos dioses rivales amenacen su dominio. El Señor actuará como esos Padres de locos que en los manicomios de pasados siglos se hacían cargo de los enfermos mentales<sup>10</sup>: los sujetará a cepos y grillos

para impedirles la visión de un mundo exterior que los ponga melancólicos o furiosos, y una vez al año los sacará a pasar un inolvidable día junto al mar. Cuando el Dios cristiano escribe derecho con renglones torcidos está engañándonos o criándonos en la ignorancia por nuestro bien. La sospecha tan humana de que los renglones *somos nosotros* cae bajo la especie de que el mundo no es en realidad sino un libro escrito (fingido) por Dios. René Guénon ha resumido así la doctrina de Ibn Arabí según la cual nuestras vidas van tejiendo su texto en el libro escrito por el Supremo Autor: «El Universo es un inmenso libro; los caracteres de este libro están escritos, en principio, con la misma tinta y transcritos en la tabla eterna por la pluma divina..., por eso los fenómenos esenciales divinos escondidos en el “secreto de los secretos” tomaron el nombre de “letras trascendentes”»<sup>11</sup>. Las letras trascendentes somos sus criaturas. Fue partiendo del *Liber vitae* o Libro de la Vida, que radica en el centro del Paraíso joánico conteniendo toda la historia, como pudo escribir Muhyddin Ibn Arabí que el Universo es un inmenso libro<sup>12</sup>. Los judíos no dejaron de ver en el mundo a través de la Cábala un gran libro acaso descifrable mediante pactos con el Altísimo o iluminaciones

desde lo alto, y el *Sefer Yetzirah* mantiene que el Eterno Rey creó el Mundo con diez números y veintidós letras, tres de las cuales son las madres del resto, y una, la llamada Aleph o Álef, es el Aire del espíritu que mantiene a las otras en equilibrio<sup>13</sup>. Jorge Luis Borges ironiza que los cristianos sacaron ventaja a los judíos al pensar que Dios había redactado no uno sino dos libros: el primero, la Biblia; el segundo, el Universo; y nos recuerda cómo Francis Bacon declaró que el segundo revelaba el verdadero poder del Creador al darnos la clave para entender el primero. Las formas esenciales del mundo no serían para Bacon sino un abecedario de la naturaleza o serie de letras que, dispuestas en su orden debido, escriben el texto de ese mundo simulado que es el libro universal. En tiempos recientes, Léon Bloy ha renovado la tradición de la tinta de sangre señalando que los hombres solo somos versos menores escritos con el plasma negro en un volumen mágico: «ese libro incesante es la única cosa que hay en el mundo: es, mejor, el mundo»<sup>14</sup>.

No nos incumben en esta quinta entrega de *Seudología*, sin embargo, las ideas e imágenes que dan por supuesta la mentira de Dios, sino cómo es esta posible. Cómo puede ser que coexistan a la vez

la simulación del mundo y un Creador bondadoso, omnisciente y omnipotente, tal como nos lo representamos los occidentales ya desde la Edad Media.

Deseo agradecer la ayuda que para la elaboración de este escrito me han prestado Lluís Badosa, Alberto Gimeno, Alberto Hernando, Fermín Juan, José María Martínez Selva, José Montoya, George Monteiro, Javier Muguerra, Daria Rolland, Jean-Claude Rolland, Luis Veres y José Luis Villacañas.